

EDITORIAL

DONATO G. ALARCÓN

DISCURSO
DE CLAUSURA
DEL CONGRESO
DEL CENTENARIO
DE LA ACADEMIA
NACIONAL
DE MEDICINA*

“Toute la suite des hommes pendant le cours de tant de siècles doit être considérée comme un seul homme qui subsiste toujours et qui apprend continuellement.”

PASCAL.

EN EL INICIO de esta celebración centenaria habéis escuchado las palabras de dos de vuestros Ex presidentes y las del nuevo Presidente de la Academia de Medicina y, como era esperarse, cada discurso fue un mensaje que ofreció el fruto de la sabia meditación de cada uno.

El primero, obra de Ignacio Chávez, nos relata el origen de la Academia; de su misión como gran conductora de la opinión científica de los médicos de aquí y lo hace con galanura y con precisión magistral.

Alfonso Alvarez Bravo expresa lo que la Academia es hoy, la sana orientación que ha llevado y es de esperarse que lleve, y en su discurso se mira transparente el espíritu constructivo que gobierna sus ideas como gobernó a la institución.

Demetrio Sodi Pallares, el Presidente que por un año regirá la Academia, escogió para exponer sus ideas el sublime plano helénico y arrebató nuestra imaginación para guiarnos por una senda elevada hacia la contemplación de la esperanza.

Toda la serie de trabajos que se ha escuchado en este Congreso se muestra dócil a una fructuosa y admirable organización no menor que el mérito en ellos patente.

* Leído el 6 de Mayo de 1964.

Haber escuchado esos trabajos permite tener un concepto de la medicina de hoy, aunque sólo sea de hoy, porque nuestra ciencia se ha significado ahora por la fugaz validez de sus adquisiciones. Apenas asida una verdad muere como efímera en nuestras manos, pero no en vano. La verdad de hoy no lo será mañana sino en parte, pero servirá de sostén con todas las otras verdades para establecer una nueva, también pasajera.

Me ha tocado, por designio de los organizadores, llegar a decir os unas palabras que llevarán una visión ya no de la historia o del presente o de la etérea y sublime esperanza que debe alentar en los nuevos médicos, sino que habré de invitaros a asomarnos por la ventana que el presente ofrece hacia el futuro, y a observar cual es la magnitud de la empresa que se encomendará a quienes nos seguirán, con el paso más firme de la juventud. Y la tarea me parece excesiva para la brevedad que me impongo y para la no menos breve capacidad de mi pensamiento. Sin embargo, os traigo mi mensaje de aliento para el trabajo que inagotable os espera. Hoy más que nunca son verdad las palabras de Goethe "Lo que has heredado de tu padre lo deberás ganar otra vez o no será tuyo". Así, los médicos tienen que reemprender la tarea de volver a ganar la verdad a partir de las que han heredado para tener la verdad de su tiempo.

El trabajo en todas las formas que el médico ha de abordar, con una intensidad que hará demasiado breve para su exigencia las horas de la vigilia: aprendiendo en el laboratorio, en el libro, en el simposio, pero sobre todo y siempre en el enfermo y aprestándose a dominear las nuevas creaciones del genio y el de la técnica de las máquinas, monstruos nuevos a los que tiene que hacer sus servidores y no hacerse sirvo de ellos.

Habréis de enfrentaros a nuevos problemas de compleja apariencia para cuya solución se pondrá a contribución vuestra inteligencia, vuestro ingenio y tenacidad y hacer uso versátil del ánimo alerta y la atención honrada ante los dilemas que en años venideros vendrán a demostrar si es verdad que aún os rigen los principios caros a Hipócrates como a nosotros han sido, porque de todo el acervo que nos dejó casi todo ha sido pulverizado por el tiempo, menos los dictados de la ética, que son su gloria mayor y la de los médicos a través de los siglos.

Cuando vemos marchar en retirada a los viejos enemigos del hombre, como el tifo, la malaria, la neumonía y la tuberculosis, algunos

solo retenidos en el presente por nuestra incuria, vemos también aparecer otros, de más compleja estructura al descorrerse la cortina que los ocultaba o vienen como nuevos azotes del hombre de hoy.

Tenéis ante vosotros una legión de nuevos hechos por interpretar y de soluciones por buscar en la nueva patología viral, o en los viejos gérmenes que por una inesperada latrogenia hemos convertido en enemigos renuentes a desaparecer. Los nuevos mecanismos de destrucción endógena y exógena que desafían vuestro interés en los fenómenos de la hetero y autoinmunidad; en el mundo confuso de las enfermedades de la colágena. Y en cada rama es inagotable el relato de los hechos que devienen. La senda de la bioquímica explicando los íntimos fenómenos de la conducta no sólo en el esquizofrénico sino en los actos esquizoides del supuesto hombre normal o aún del llamado temperamento del individuo. Las sutiles alteraciones del medio interno que nunca parecen terminar de ser conocidas por su contenido electrolítico, las variantes increíbles de sus enzimas, y la inestable composición de las fracciones globulínicas que condicionan la alergia y la inmunidad. Y el llegar hasta la división millonésima de las porciones de la célula por la microquímica del cromosoma, primero en busca de las alteraciones morfológicas y después en su composición, empeñándose en describir el secreto de la vida en el análisis del ácido desoxirribonucleico. Y en éste, el asombroso descubrimiento de la composición única o uniforme de la vida lo mismo vegetal que animal por su invariable presencia. La llegada avasalladora de la ciencia genética que en medicina viene a ofrecer caminos no ambulados para descubrir el origen de muchos males que se rigen por las leyes de la herencia y por las sutilezas de la transmisión de los genes en su misterio de composición y de su acción, en cuya búsqueda el hombre que piensa, un día se ha de detener ante el suspenso de la gran interrogación:

¿Crearé el hombre la vida? O ¿se escapará a sus manos la chispa vital gracias a un sabio designio superior?

El hombre vive más años aunque sin superar el límite habitual para su desaparición y aunque han huído las enfermedades de otrora, aparecen unas más que estaban en acecho del predominio, como el deterioro vascular, la decadencia hormonal y la anarquía celular, que aún hoy significa el cáncer.

Para aquellos que poseen el impulso de la lucha contra el mal por la acción inteligente y cruenta, las viejas sendas ahora son avenidas amplias. He aquí como muestra la cirugía correctiva en el corazón abierto,

intencionalmente detenido, su corriente desviada, para exaltar el arte maravilloso de las manos, para sustituir las válvulas, rectificar la función por cambios en la anatomía hasta lograr la taumaturgia que vuelve la vida y la esperanza a los antes irremediabilmente perdidos.

En una extensión inaudita se sustituyen los vasos por vasos de arteificio y aún el corazón mismo se intenta sustituir por máquinas que no sólo marquen el paso por el impulso eléctrico, sino que el órgano mismo sea sustituido por una bomba impelente que hoy parece primitiva pero en cuya perfección se trabaja con impulso febril.

Más adelante ya se logra la sustitución por órganos homólogos, heterólogos, de otros seres humanos o de animales y se empiezan a presenciar con ánimo atónito los éxitos que hacen sentirse al hombre el nuevo Prometeo de otro fuego sagrado.

Burlando la acción de las viejas enfermedades que limitaban la vida, la medicina refina su cuidado por los que envejecen. Por otra parte, corregidas las deficiencias del infante nacido con defectos que lo llevaban a la muerte a poco de nacer, la medicina y la cirugía lo capacitan para llegar a la edad adulta y le permiten usar su capacidad genésica para multiplicarse en seres defectuosos como él.

Obligatorio como es para el médico el preservar y prolongar la vida no puede menos que detenerse a reflexionar sobre la carga que dejará a las generaciones por venir, de mantener en grado creciente a seres parcialmente capaces para sobrevivir, con gran gasto para los demás y en competencia con ellos. Como dice el geneticista inglés C. Darlington: "Los que fueron salvados cuando niños, volverán al hospital mismo con sus hijos para ser salvados, y en consecuencia, cada generación de una sociedad estable dependerá más del tratamiento médico para su capacidad de sobrevida y para reproducirse."

El problema era enfrentado desde tiempos remotos, ya de manera bárbara, o se sugería por Moro en su Utopía, cuando invitaba a los incurables al suicidio.

Os tendréis que enfrentar a ese problema o a ese dilema que se nos echa en los brazos ahora, ya por necesidades económicas como en Japón o en previsión de problemas sociales como en Suecia.

Sin embargo, desde ahora diremos que no creemos que el médico tenga que ser llevado a sugerir o aceptar la solución de los problemas de la humanidad creciente por la renuncia a su misión de conservar y preservar la vida.

He reclamado al respecto lo que ahora nuevamente expreso: El caudal de amor que el médico aplica a conservar la vida no podrá en el futuro ser puesto en desequilibrio por un dilema y que es a los demás a quienes toca resolver la economía, aportar su devoción y su humanitaria obra para resolver la sobrepoblación. Quizás al médico, por la investigación genética, le toque aconsejar para evitar la procreación absurda de los seres defectuosos, pero jamás contribuir a ahogar la vida.

Debemos reflexionar, y vosotros lo haréis en condiciones más dramáticas en el futuro, sobre la incongruencia de salvar por refinamientos de costo infinito en esfuerzo y dinero y en devoción a seres quizás parcialmente útiles aún a sí mismos y en cambio escoger a los mejores para enviarlos a la guerra. Y burlando la selección natural parece que procuraremos salvar un mundo de invalideces que engendrará inválidos. El camino no está cerrado, con sólo que se escuche el consejo de los médicos con la oportunidad que reclama la gravedad del futuro.

Pero el médico ha de acompañar al hombre en sus aventuras y en sus locuras, al hombre envenenado por el odio y por la ambición.

Tras de todo Napoleón va un Larrey; tras de cada guerra la medicina extrae asombrosos recursos de entre la sangre y la destrucción en medio de la propia batalla. Para vosotros será la tarea de seguir a los hombres en esa nueva locura: la de los vuelos espaciales y de ella de seguro habréis de extraer tesoros de observación del hombre en la agravitación ante la radiación cósmica, ante las fuerzas extraterrestres cuya acción han de demostrar algún camino para ayudar al enfermo.

No podemos seguir adelante con la enumeración de las perspectivas para el médico de hoy y de mañana. Su contemplación hace seductora la vida del médico y no debe maravillarnos la llegada del tropel de jóvenes que ansiosos desean estudiar medicina, no obstante las limitadas perspectivas económicas que les aguardan y a pesar de la injusticia con que se trata al ser que vive para los demás.

El verlos llegar nos despierta ese anhelo, imposible de realizarse, el mismo que hizo detenerse a Pasteur en su meditación añorando sus trabajos iniciales de cristalografía, en la dura lucha que precedió largamente a su apoteosis, y mirando a su nieto Valery Radot exclamó:

¡Ah, hijo mío, como desearía tener ante mí una nueva vida para reemprender el estudio de mis cristales!

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina: al llegar al término de esta celebración del Primer Centenario de nuestra insti-

tución; en estos días, que hemos vuelto al pasado los ojos para admirar a nuestros predecesores; para valorar el presente y para enviar nuestra mirada anhelante hacia el porvenir, hoy como nunca, sentimos la verdad de las palabras de Pascal: "Toda la serie de hombres durante el curso de tantos siglos debe ser considerada como un solo hombre que subsiste siempre y que aprende continuamente".

Estamos seguros de que al término del siglo de estudio que para la Academia empieza hoy, volverán los ojos los académicos de entonces hacia nosotros y volverán a repetir estas palabras que expresan la unidad del hombre a través de los siglos, la unidad del esfuerzo, la unidad perenne de la ciencia médica.